

como furioso y endemoniado, y ser así llevado á que hiciesen sobre él los exorcismos y todo lo demás que se suele hacer con los tales; y estuvo así cinco meses, y al cabo de ellos, dice la historia, fue curado y libre, no solo del demonio que habia entrado en su cuerpo, sino de la soberbia y vanidad que se le entraba en el ánima.

Surio, *ubi supra*, cuenta otro ejemplo semejante, y dice que el santo abad Severino tenia en su monasterio tres monjes altivos, tocados de soberbia y vanidad. Habíales avisado de ello, y perseveraban en su falta. El Santo, con el deseo que tenia de verlos enmendados y humildes, pidió al Señor con lágrimas que los corrigiese y castigase de su mano con algun castigo que les humillase y enmendase. Y antes que se levantase de la oracion permitió el Señor que tres demonios se apoderasen de ellos, y los atormentasen réciamente, confesando á voces la soberbia é hinchazon de su corazon. Castigo proporcionado á su culpa, que el espíritu de soberbia entrase y morase en sujetos soberbios y llenos de vanidad. Y porque veia el Señor que ninguna cosa tanto les humillaria, estuvieron así cuarenta dias, y al cabo de ellos pidió el Santo al Señor los librase del poder del demonio, lo cual alcanzó, y ellos quedaron sanos del cuerpo y alma, y bien humillados con este castigo del Señor.

Cuenta Cesario, l. 4 Dialog. c. 5,

que trajeron á un convento del Cister un endemoniado para ser sano. Salió el prior, y llevó consigo á un religioso mozo de grande opinion de virtud, que sabia que era vírgen. Y dijo el prior al demonio: Si este monje te mandare salir, ¿osarás quedarte? Respondió el demonio: no lo temo, porque es soberbio.

Cuenta san Juan Clímaco, c. 24, que una vez los demonios malvados comenzaron á sembrar ciertas alabanzas en el corazon de un fortísimo caballero de Cristo que corria á esta virtud de la humildad; mas él, movido por inspiracion de Dios, halló un brevíssimo atajo para vencer la malicia de estos espíritus perversos, y fue, que escribió en la pared de su celda los nombres de algunas altísimas virtudes, conviene á saber: caridad perfecta, humildad profundísima, castidad angélica, oracion purísima y altísima, y otras cosas semejantes. Y cuando aquellos malos pensamientos comenzaron á tentarle, respondia él á los demonios: vamos á la prueba de esto, y leía todos aquellos títulos: Profundísima humildad; esa no tengo yo. Con profunda nos contentaríamos: aun no sé si habemos concluido con el primer grado. Caridad perfecta; caridad sí, pero no es muy perfecta, que algunas veces hablo á mis hermanos alta y sacudidamente. Castidad angélica; no, que muchos malos pensamientos, y aun muchos malos movimientos siento en

mí. Oracion altísima; no, duérmo-me, y distraígame mucho en ella. Y decíase á sí mismo: Despues que hubieres alcanzado todas estas virtudes, aun has de decir que eres siervo inútil y sin provecho, y por tal te has de tener, conforme á

aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor: *Cum feceritis omnia, quæ præcepta sunt vobis, dicite: Servi inutiles sumus.* Luc. xvii, v. 10. Pues ahora que estás tan léjos de eso, ¿qué serás?

TRATADO CUARTO.

DE LAS TENTACIONES.

CAPÍTULO I.

Que en esta vida no han de faltar tentaciones.

Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia, et in timore, præpara animam tuam ad tentationem. Eccli. ii, v. 1. Dice el Sábio: Hijo, si quieres servir á Dios, consérvate en justicia y en temor, y prepárate para la tentacion. El bienaventurado san Jerónimo, sobre aquello del Eclesiastés, iii, v. 8: *Tempus belli, et tempus pacis*: Hay tiempo de guerra y tiempo de paz, dice, que mientras estamos en este siglo es tiempo de guerra, y cuando pasemos al otro será tiempo de paz. *Et factus est in pace locus ejus.* Psalm. lxxv, v. 3. Y de ahí tomó aquella nuestra ciudad celestial el nombre de Jerusalem, que quiere decir vision de paz. *Nemo ergo se nunc putet esse securum tempore belli, ubi certandum est, et Apostolica arma tractanda, ut victores quondam requiescamus in pace*: Por tanto, di-

ce, ninguno se tenga ahora por seguro, porque es tiempo de guerra, ahora ha de ser el pelear, para que saliendo vencedores, descansen despues en aquella bienaventurada paz. San Agustín, serm. 45 de temp., sobre aquello de san Pablo: *Non enim quod volo bonum, hoc facio*, dice, que aquí la vida del hombre justo es pelea, y no triunfo; y así oimos ahora voces de guerra, cuales son estas que da el Apóstol, sintiendo la repugnancia y contradiccion que la carne tiene á lo bueno, y la inclinacion tan grande que tiene á lo malo, y deseando verse ya libre de eso: *Non enim quod volo bonum, hoc facio, sed quod nolo malum, hoc ago. Et video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis.* Ad Rom. vii, v. 15 et 23. Pero la voz de triunfo se oirá despues, cuando, como dice el mismo Apóstol, este cuerpo corruptible y mortal se vista de incorrupcion é inmortalidad. Y la

voz de triunfo que entonces se oirá, será la que dice ahí san Pablo: *Absorpta est mors in victoria: ubi est mors victoria tua? ubi est mors stimulus tuus?* I ad Cor. xv, v. 54. ¿Dónde está, muerte, tu victoria, dónde tu aguijón? Todo esto dijo muy bien el santo Job, vii, v. 1, en aquellas breves palabras: *Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies ejus*: La vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra, y como el día del jornalero. Porque así como el oficio del jornalero es trabajar y cansarse todo el día, y despues se sigue el premio y el descanso; así tambien en nosotros el día de esta vida es lleno de trabajos y tentaciones, y despues se nos dará el premio y el descanso conforme á como hubiéremos trabajado.

Pero descendiendo en particular á examinar la causa de esta continua guerra, el apóstol Santiago la pone en su Canónica, iv, v. 1: *Unde bella, et lites in vobis? Nonne hinc ea concupiscentiis vestris, quae militant in membris vestris?* Dentro de nosotros mismos tenemos la causa y la raíz, que es la rebeldía y contradicción para todo lo bueno que quedó en nuestra carne despues del pecado. Quedó tambien maldita la tierra de nuestra carne, y así brota cardos y espinas que nos punzan y atormentan continuamente. Traen los Santos á este propósito la comparacion de la navecilla que dice el sagrado Evangelio, *Matth.* viii, v. 14, que en co-

menzando á dar la vela, se alborotó el mar, y se levantó una tempestad y olas tan grandes que la cubrian y querian anegar. Así nuestra ánima va en esta barquilla del cuerpo rota, agujereada, que por una parte hace agua, y por otra se levantan olas y tempestades de muchos movimientos y apetitos desordenados que la quieren anegar y hundir: *Corpus quod corrumpitur, aggravat animam.* Sap. xi, v. 15.

De manera que la causa de nuestras continuas tentaciones es la corrupcion de nuestra naturaleza, aquel *fomes peccati* é inclinacion mala que nos quedó despues del pecado. Se nos quedó el mayor enemigo dentro de casa, y ese es el que nos hace continua guerra. Y así no tiene el hombre de que espantarse cuando se ve molestado de tentaciones; porque al fin es hijo de Adán, concebido y nacido en pecado: *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea*, Psalm. l, v. 7; y no puede dejar de tener tentaciones é inclinaciones y apetitos malos que le hagan guerra. Y así nota san Jerónimo que en la oracion del Pater noster, que Cristo nuestro Señor nos enseñó, no nos dice que pidamos á Dios no tener tentaciones; porque eso, dice, es imposible: *Impossibile enim est humanam animam non tentari*; sino que no nos deje caer en la tentacion. Y eso es tambien lo que el mismo Cristo en otra parte dijo á sus discípulos: *Vigilate, et orate, ut non intretis*

in tentationem. *Matth.* xxvi, v. 41. Velad y orad, porque no entreis en la tentacion. Dice san Jerónimo (1): *In tentationem intrare, non est tentari, sed vinci*: Entrar en la tentacion no es ser tentado, sino es ser vencido de la tentacion. El santo patriarca José tentado fue de adulterio, pero no fue vencido de la tentacion. La santa Susana tentada fue tambien de lo mismo, pero la ayudó el Señor para que no cayese en la tentacion. Pues eso es lo que nosotros pedimos al Señor en la oracion del Pater noster, que nos dé gracia y fortaleza para que no caigamos ni seamos vencidos de la tentacion: *Non tentationem penitus refutantes; sed vires sustinendi in tentationibus deprecantes.* Y en la epístola ad Heliodorum dice: *Erras, frater, erras, si putas unquam christianum persecutionem non pati*: Yerras, hermano, yerras y te engañas mucho si piensas que el cristiano ha de estar sin tentaciones: *Tunc maxime oppugnaris, si te impugnari nescis*: Esa es, dice, la mayor tentacion, cuando te parece que no tienes tentacion: entonces os hace el demonio mayor guerra cuando á vos os parece que no hay guerra: *Adversarius noster tanquam leo rugiens, aliquem devorare querens, circuit, et tu pacem putas?* I Petr. v, v. 8. Nuestro adversario el demonio, como dice el apóstol san Pedro, anda braman-do y dando vueltas como león, á

(1) Idem notat August de serm. Dom. in monte, lib. 2, cap. 14.

ver si halla á quién tragar, ¿y tú piensas que hay paz? *Sedet in insidiis cum divitibus, in occultis, ut interficiat innocentem; oculi ejus in pauperem respiciunt, insidiatur in abscondito quasi leo in spelunca sua.* Psalm. ix, v. 29. Está escondido acechando para matar al inocente, ¿y te tienes tú por seguro? Es engaño ese, porque esta vida es tiempo de guerra y de pelea, y espantarse de las tentaciones es como si el soldado se espantase del sonido del tiro y del arcabuz, y se quisiese por eso volver de la guerra; ó como el que quisiese dejar de navegar, y salirse de la nave, por ver que se le revuelve el estómago.

Dice san Gregorio, lib. 24 Moral., c. 14, que es engaño de algunos que en teniendo alguna grave tentacion luego les parece que es todo perdido, y que ya les ha olvidado Dios, y que están en desgracia suya. Muy engañado andais; antes es menester que entendais que el tener tentaciones no solo es cosa ordinaria de hombres, sino muy propia de hombres espirituales, y que tratan de virtud y perfeccion, como nos lo da á entender el Sábio en las palabras propuestas, y lo mismo nos enseña el apóstol san Pablo: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.* II ad Tim. iii, v. 12. Los que quieren vivir bien, y tratan de su aprovechamiento y de adelantarse en el servicio de Dios, esos son los perseguidos y combatidos con tentaciones; que esos otros

muchas veces no saben qué cosa es tentacion, ni echan de ver la rebelion y guerra que la carne hace al espíritu, antes hacen de eso golosina. Nota esto muy bien san Agustin (1), sobre aquellas palabras de san Pablo: *Caro concupiscit adversus spiritum*: La carne desea y apetece contra el espíritu: *In bonis concupiscit adversus spiritum, nam in malis non habet contra quem concupiscere: ibi enim concupiscit adversus spiritum, ubi spiritus*: En los buenos, dice, que tratan de espíritu de virtud y perfeccion, apetece la carne contra el espíritu; pero en los malos que no tratan de eso, no tiene la carne contra quien apetecer; y así estos no sienten la lucha de la carne contra el espíritu, porque no hay espíritu que la contradiga y pelee contra ella. Y así el demonio tampoco ha menester gastar tiempo en tentar á estos tales; porque sin nada de eso ellos de su voluntad le siguen, y se le rinden sin dificultad ni contradiccion. No andan los cazadores á caza de jumentos, sino á caza de ciervos y gamos, que corren con ligereza, y se suben á los montes: *Qui perfecit pedes meos tamquam cervorum, et super excelsa statuens me*. Psalm. xvii, v. 34. Á los que con ligereza de ciervos y de gamos corren á lo alto de la perfeccion, á esos anda por cazar el demonio con sus lazos y tentaciones, que á esos otros que viven

(1) August. de verbis Domini in Evang. secundum Joan. serm. 43.

como jumentos en casa se los tiene, no ha menester él andar á caza de ellos: *Eos enim pulsare negligit, quos quieto jure possidere se sentit*, dice san Gregorio, l. 24 Mor., c. 12. Y así no solo no nos habemos de espantar de tener tentaciones, sino antes las habemos de tener por buena señal, como lo advirtió san Juan Clímaco: *Nullum certius argumentum est, quod demones victi à nobis sint, quam si nos acerrime oppugnant*: No hay, dice, mas cierta señal de que los demonios han sido vencidos de nosotros, que ver que nos hacen mucha guerra: porque por eso os la hacen, porque os habeis rebelado contra él, y os habeis salido de su jurisdiccion: por eso os persigue el demonio, porque tiene envidia de vos, que sino, no os persiguiera tanto.

CAPÍTULO II.

Como unos son tentados al principio de su conversion, otros despues.

El bienaventurado san Gregorio, lib. 24 Mor., c. 12, 13 et 14, nota que unos comienzan á sentir esta guerra de las tentaciones al principio de su conversion en comenzando á recogerse y á tratar de virtud; y trae para esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, el cual nos quiso figurar y dibujar esto en sí mismo con una admirable dispensacion, porque no permitió que el demonio le tentase, sino cuando despues de bautiza-

do se recogió al desierto á ayunar, y orar y hacer penitencia. Entonces, dice el sagrado Evangelio, *Matth. iv, v. 1*, que acudió el demonio á tentarle. Quiso Cristo nuestro Redentor con esto, dice san Gregorio, avisar á los que habian de ser miembros é hijos suyos, que cuando tratan de recogerse y darse á la virtud estén apercebidos para las tentaciones, porque es muy propio del demonio acudir entonces. Como en saliendo los hijos de Israel de Egipto luego juntó Faraon su ejército y todo su poder para ir contra ellos. Y Laban, viendo que Jacob se apartaba de él, le siguió con gente y con encendido furor. Y cuando salió el demonio del otro hombre, dice el sagrado Evangelio que tomó otros siete espíritus peores para tornar á él, como quien hace gente contra quien se le alzó, y le va de nuevo á sujetar. *Luc. xi, v. 26*. Así el demonio, cuando ve que uno se le rebela y quiere salir de su señorío y sujecion, entonces se embravece mas, y se muestra mas cruel, y le procura hacer mayor guerra. Trae san Gregorio, l. 33 Mor., c. 18, á este propósito aquello que dice el evangelista san Marcos, cuando Cristo nuestro Redentor echó aquel demonio inmundo, sordo y mudo: *Et exclamans, et multum discerpens eum, exiit ab eo*, *Marc. ix, v. 25*, dice el Santo: *Ecce eum non discerpserat cum tenebat, exiens discerpserat*. Notad que cuando el demonio poseia aquel

hombre no le despedazaba; y cuando con la virtud divina es compelido á salir de él, entonces le despedaza: para que entendamos que entonces procura él turbarnos y molestarnos mas con tentaciones cuando nos apartamos de él.

Fuera de esto, dice san Gregorio, l. 24 Mor., c. 12, 13 et 14, que permite y quiere el Señor que seamos tentados á los principios de nuestra conversion, porque no piense uno que es ya santo por haber dejado la mala vida, y tomado otra buena, que son pensamientos que suelen venir á los tales; y tambien porque la seguridad suele ser madre de la negligencia, y para que la seguridad de la buena vida que ha tomado no le haga negligente y flojo, permite el Señor que le vengan tentaciones que le pongan delante los ojos el peligro en que todavía está, y le dispierten y aviven, y le hagan diligente y cuidadoso.

San Juan Clímaco, c. de discretion., dice: La novedad de la vida nueva suele hacerla pesada á quien estaba acostumbrado á la mala. Y al abrazar de la virtud se declara y siente la contradiccion y guerra del vicio que le repugna, como el ave, cuando quiere salir del lazo, entonces siente que está presa; y así no se ha de espantar ni desmayar nadie por sentir dificultades y tentaciones á los principios, porque es cosa muy ordinaria.

Añade san Gregorio, que algunas veces el que ha dejado el mun-

do y la mala vida, y comienza á servir á Dios, es tentado de tales tentaciones, cuales nunca antes de su conversion habia sentido; pero esto, dice, no es porque no hubiese en él antes la raíz de aquellas tentaciones que en sí habia, sino porque no se parecia ni descubria entonces y ahora se descubre: como cuando el hombre está muy ocupado en otros pensamientos y cuidados muy diferentes, muchas veces no se conoce á sí mismo, ni entiende lo que pasa allá dentro, y en comenzando á recogerse y á entrar dentro de sí, entonces echa de ver las malas raíces que brotaron de su corazon: es, dice, como el cardo que nace en el camino, que como le pisan todos los que pasan, no se echa de ver; pero aunque no salgan fuera las espinas, dentro queda la raíz encubierta en la tierra, y en dejándole de pisar los que pasan, luego brotan y salen afuera: así, dice, en los seglares muchas veces está la raíz de las tentaciones oculta, que no se echa de ver por defuera, porque como cardo que está en el camino se pisa y trilla, como de caminantes, de la diversidad de los pensamientos que van y vienen, y de los muchos cuidados y ocupaciones que hay. Pero cuando uno se aparta de todo eso, y se recoge á servir á Dios, entonces, como no hay quien pise el cardo, parece-se lo que habia allá dentro escondido, y siéntense las espinas de la tentacion que brotan de la mala raíz; y esta es tambien la causa por

que suelen algunos sentir mas las tentaciones en tiempo de la oracion, que cuando andan ocupados en oficios y cosas exteriores. De manera que el sentir uno acá en la Religion tales tentaciones, cuales nunca antes de su conversion habia sentido, no es porque ahora sea peor que cuando estaba en el siglo, sino porque entonces no se veia el hombre ni se conocia, y ahora comienza á ver y á conocer sus malas inclinaciones y apetitos desordenados; y así lo que uno ha de procurar es no tapar y cubrir la raíz, sino arrancarla.

Otros hay, dice san Gregorio, que al principio de su conversion no son combatidos con tentaciones, antes sienten mucha paz, gustos y consolaciones, y despues andando el tiempo los prueba el Señor con tentaciones. Lo cual ordena su Majestad con divino consejo y disposicion, porque no les parezca áspero y dificultoso el camino de la virtud, y desmayen y se vuelvan á lo que poco antes dejaron: como hizo con su pueblo cuando le sacó de Egipto, que no les llevó por la tierra de los filisteos, que estaba cerca, y da la razon la sagrada Escritura: *Ne forte pœniteret eum, si vidisset adversum se bella consurgere, et reverteretur in Ægyptum.* Exod. XIII, v. 17. Porque por ventura, viendo que luego se les levantaban guerras, no se arrepintiesen de haber salido de Egipto, y se volviesen allá. Antes al principio les mostró Dios muchos

favores, haciendo por ellos grandes maravillas y milagros; pero despues que habian ya pasado el mar Bermejo, y estaban en el desierto, y no podian volver atrás, probólos con muchos trabajos y tentaciones antes de entrar en la tierra de promision. Así, dice el Santo, á los que dejan el mundo les quita el Señor algunas veces á los principios las guerras de tentaciones; porque como están tiernos en la virtud, no se espanten con ellas, y se vuelvan al mundo. Lléalos el Señor por suavidad al principio, y dales consuelos y gustos, para que habiendo gustado de la dulzura y suavidad del camino de Dios puedan despues mejor llevar la guerra y molestia de las tentaciones y trabajos; y tanto mas, cuanto mas han gustado de Dios, y conocido cuánto merece ser servido y amado. Y así á san Pedro primero le mostró Nuestro Señor la hermosura y resplandor de su gloria en la transfiguracion, y despues permitió que fuese tentado de la esclava, que le preguntó si era discípulo de Cristo, para que humillado en la tentacion, llorando y amando supiese valer y ayudarse de aquello que primero habia visto en el monte Tabor; y así como el temor le habia derribado, así la dulzura de la suavidad y bondad de Dios, que ya habia experimentado, le levantase.

De aquí, dice san Gregorio, se entenderá un engaño que suele haber en los que comienzan á servir á

Dios, que como se ven algunas veces con tanta paz y quietud, y que les hace el Señor merced de darles entrada en la oracion, y hallan facilidad en los ejercicios de la virtud y de la mortificacion, piensan que ya han alcanzado la perfeccion, y no entienden que son aquellos regalos de niños y de principiantes, y que les da el Señor aquellas ayudas de costa para acabarlos de destetar de las cosas del mundo. Algunas veces, dice el Santo, se comunica el Señor mas abundantemente á los menos perfectos, y que no tienen tanto aprovechamiento en la virtud, no porque ellos lo merecen, sino por ser mas necesitados: á la manera que lo suelé hacer acá un padre que, con amar mucho á todos sus hijos, parece que no hace caso de los que están sanos; pero si alguno está enfermo, no solo le cura con medicinas, sino tambien le da lo que es de contento y de regalo. Y como el hortelano, que las plantas mas tiernas las riega á menudo y las regala, pero despues que están fuertes y bien arraigadas, déjalas sin ese riego y regalo; así aquella divina bondad tiene esta manera de gobierno con los flacos y pequeños, y con los que comienzan.

Dicen tambien los Santos que algunas veces da el Señor mas consuelos á los que han sido mas pecadores, y parece que les hace mas particulares regalos y favores, que á los que han siempre vivido bien, porque aquellos no desconfien ni

desesperen, y porque estos otros no se ensoberbezcan. Bien se nos declara esto en aquella parábola del hijo pródigo, y en aquella fiesta, música y regocijo con que su padre le recibió, matando el becerro grueso, y haciendo un gran convite, no habiendo dado al hijo mayor, que le habia servido toda su vida, y nunca habia salido de su mandado, ni siquiera un cabrito con que se holgase alguna vez con sus amigos: que no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos, como dice el mismo Señor.

CAPÍTULO III.

Por qué quiere el Señor que tengamos tentaciones, y de la utilidad y provecho que de ellas se sigue.

Tentat vos Dominus Deus vester, ut palam fiat utrum diligatis eum, an non in toto corde, et in tota anima vestra, dice el Espíritu Santo en el Deuteronomio, XIII, v. 3. Tiéntaos el Señor Dios vuestro para que se vea si le amais de veras y de todo vuestro corazón, ó no. El bienaventurado san Agustín (1) mueve una cuestion sobre estas palabras: ¿Cómo dice aquí la sagrada Escritura que Dios nos tienta, y por otra parte dice el apóstol Santiago en su Canónica: *Deus neminem tentat* (2): Dios no tienta á nadie? Responde, que hay

(1) August. tractat. 34 super Joan. et quæst. 57 super Genes.

(2) Jac. I, 13; idem Sanct. Thom. 1 part. quæst. 114, art. 2.

dos maneras de tentar: una para engañar y hacer caer en pecado, y de esta manera no tienta Dios á nadie, sino el demonio, cuyo oficio es ese, conforme á aquello del apóstol san Pablo: *Ne forte tentaverit vos is, qui tentat,* dice allí la Glosa, *id est, diabolus, cujus officium est tentare.* I ad The. III, v. 5. Otra manera de tentar hay para probar y tomar experiencia de uno; y de esta manera dice aquí la divina Escritura que nos tienta y prueba Dios. Y en el capítulo XXII del Génesis dice: *Tentavit Deus Abraham, id est, probavit:* Tentó y probó Dios á Abraham. Danos el Señor un tiento, y muchos tientos, para que conozcamos nuestras fuerzas, y entendamos qué tanto es lo que amamos y tememos á Dios. Y así dijo luego el mismo Dios á Abraham, cuando echó mano al cuchillo para sacrificar á su hijo: *Nunc cognovi quod times Deum: id est, feci te cognoscere,* como declara san Agustín, hom. 58 super Genes. Ahora he hecho que conozcas que temes á Dios. De manera que unas tentaciones nos envía el Señor de su mano, y otras permite que nos vengan por medio del demonio, mundo y carne, nuestros enemigos.

Pero ¿qué es la causa por que permite y quiere el Señor que tengamos tentaciones? San Gregorio, Casiano (1), y otros tratan muy

(1) Gregor. lib. 8 Moral. cap. 10; et I. 20, cap. 21; Cassian. collat. 4 Abbat. Daniel, cap. 6.

bien de este punto, y dicen lo primero, que nos es provechoso el ser tentados y atribulados, y que alce el Señor algunas veces un poco la mano de nosotros; porque si esto no fuera así, no dijera y pidiera el Profeta á Dios: *Non me derelinquas usquequaque.* Psalm. CXVIII, v. 8. Señor, no me dejéis ni desamparéis del todo; pero porque sabia muy bien que algunas veces suele el Señor desamparar á sus siervos, y alzar un poco la mano de ellos para mayor bien y provecho suyo, por eso no pide á Dios que no le desampare nunca, ni alce jamás la mano de él, sino que no le desampare del todo. Y en el salmo XXVI, 9, dice: *Ne declines in ira à servo tuo.* No pide á Dios que no se aparte de él en ningun tiempo y de ninguna manera, sino que no se aparte de él en ira, que no le desampare tanto que venga á caer en pecado; pero que le pruebe y le envíe tentaciones y trabajos, antes lo pide: *Proba me, Domine, et tenta me.* Psalm. XXV, v. 2. Y por Isaías, LIV, v. 7, dice el mismo Señor: *Ad punctum in modico dereliqui te, et in miserationibus magnis congregabo te: in momento indignationis abscondi faciem meam parumper à te, et in misericordia sempiterna miseratus sum tui.*

Pero veamos en particular qué bienes y provechos son los que se nos siguen de las tentaciones. Casiano, *ubi sup.*, dice que se ha Dios con nosotros como se hubo con los hijos de Israel, que no quiso del todo destruir los enemigos de

su pueblo, sino dejó en la tierra de promision aquellas gentes de los cananeos, amorreos y jebuseos, etc. *Ut erudiret in eis Israelem, ut postea discerent filii eorum certare cum hostibus, et habere consuetudinem præliandi.* Judic. III, v. 2. Para enseñar y ejercitar á su pueblo, que no estuviesen con la seguridad ociosos, sino que se hiciesen valientes y hombres de guerra. Así, dice, quiere el Señor que tengamos enemigos, y que seamos combatidos de tentaciones, para que teniendo ejercicio de pelear, no nos haga daño la ociosidad ó prosperidad; porque muchas veces á los que el enemigo no pudo vencer con peleas, con seguridad falsa los engañó y derribó.

San Gregorio, lib. 23 Mor., c. 24 et seq., dice que con alta y secreta providencia quiere el Señor que sean tentados y atribulados en esta vida los buenos y escogidos, porque esta vida es un camino, ó por mejor decir, un destierro por donde andamos caminando y peregrinando, hasta llegar á nuestra patria celestial; y porque suelen algunos caminantes, cuando ven en el camino algunos prados y florestas, detenerse y apartarse del camino, por eso quiso el Señor que estuviese esta vida llena de trabajos y tentaciones, para que no pongamos nuestro corazón y amor en ella, ni tomemos el destierro por la patria, sino que suspiremos siempre por ella. San Agustín da la misma razon, y dice que